

Capítulo 7

¿QUÉ TE DA CORAJE?

Isaías 36-39

Los acontecimientos descritos en Isaías 36 y 37 son unos de los más dramáticos de toda la Biblia. También se encuentran entre los más fehacientes de la historia bíblica, con una gran cantidad de información proveniente de muchas fuentes, incluyendo los relatos paralelos de 2 Reyes 18 y 19 y 2 Crónicas 32, varios textos antiguos del Cercano Oriente, el arte asirio y la arqueología. En medio de todos los detalles históricos fascinantes de estos capítulos, hay una ilustración sorprendente del mensaje del libro de Isaías. Se resume en una vida de fe entusiasta, que es recompensada por una sorprendente intervención divina en un momento de crisis aterradora, cuando todos los factores terrenales apuntan a la inminente destrucción del pueblo remanente de Dios.

ENEMIGOS QUE CUENTAN LA MISMA HISTORIA

Isaías 36 comienza: “Aconteció en el año catorce del rey Ezequías, que Senaquerib rey de Asiria subió contra todas las ciudades fortificadas de Judá, y las tomó. Y el rey de Asiria envió al Rabsaces con un gran ejército” (vers. 1, 2). Las propias crónicas de Senaquerib (escritas por sus escribas en cuneiforme sobre prismas de arcilla) de su tercera campaña

militar describen sus hazañas con más detalle, desde su perspectiva como enemigo de Ezequías:

En cuanto a Ezequías, de Judá, sitié 46 de sus ciudades fortificadas amuralladas y pueblos pequeños circundantes, que eran innumerables. Los conquisté consolidando rampas para batir las puertas con arietes, ataques de infantería, minas, brechas e ingenios de asedio. Me llevé como botín a 200.150 personas, jóvenes y ancianos, hombres y mujeres, y un sinnúmero de caballos, mulas, burros, camellos, vacas y ovejas. Al mismo Ezequías hice prisionero en Jerusalén, su residencia real; como a un pájaro en una jaula. Lo rodeé con movimientos de tierra e hice que fuera impensable que saliera por las puertas de la ciudad. Sus ciudades que había despojado las separé de su país y se las entregué a Mitini, rey de Ashdod; Padi, rey de Ecrón; y Silibel, rey de Gaza, reduciendo así su reino. Le impuse un pago adicional y obsequios por mi dominio, además del antiguo tributo, su pago anual.¹

En la medida en que los enemigos estén de acuerdo en lo que sucedió durante un conflicto entre ellos, podemos estar bastante seguros de que están diciendo la verdad. La Biblia y los anales de Senaquerib coinciden en varios aspectos de la historia, incluido el hecho de que los asirios primero conquistaron la mayor parte de Judá. Poco después, el ejército asirio llegó a Jerusalén y la amenazó. Además, los anales asirios indican que Senaquerib impuso pagos a Ezequías, y 2 Reyes 18:14 al 16 informa un pago que Ezequías le ofreció.

¹ Mordechai Cogan, trad., "Sennacherib's Siege of Jerusalem", en *The Context of Scripture*, William W. Hallo, ed. (Leiden: Brill, 1997), t. 2, p. 303.

Sin embargo, no hay un paralelo bíblico para lo que sigue de la historia en los anales de Senaquerib, que sirvió como propaganda: “Él, Ezequías, se sintió abrumado por el asombroso esplendor de mi señorío”. Lo que sigue es una lista de los diversos tipos de regalos que Ezequías supuestamente envió a Sepaquerib.² Así, los anales reclamaron la victoria, que definieron como exitosa al obligar a Ezequías a someterse al gobierno asirio. Según la Biblia, la invasión de Senaquerib terminó de manera muy diferente.

FE, CORAJE Y LIBERACIÓN

Ahora contaremos la historia detrás de la historia. El rey Acaz de Judá había sobornado al rey asirio Tiglat-pileser III para que lo salvara de la alianza sirio-israelita del norte (2 Reyes 16:7-9). Ezequías, el hijo de Acaz, heredó la onerosa obligación de su padre para con Asiria, que fue gobernada después de Tiglat-pileser por Salmanasar V y posteriormente por Sargón II. A diferencia de su padre, Ezequías siguió de todo corazón al Señor y llevó a cabo una importante reforma religiosa, destruyendo lugares y objetos de idolatría, restaurando el Templo y la adoración allí, y reinstituyendo la fiesta de la Pascua (2 Reyes 18:1-6; 2 Crónicas 29-31). “En Jehová Dios de Israel puso su esperanza” (2 Reyes 18:5), y con una fe de este talante vienen la bendición divina y el coraje: “Y Jehová estaba con él; y adondequiera que salía, prosperaba. Él se rebeló contra el rey de Asiria, y no le sirvió” (vers. 7). Ezequías no creía que fuera la voluntad de Dios que su pueblo estuviera bajo el dominio de Asiria.

Ezequías vio una oportunidad de libertad en un momento de aparente vulnerabilidad Asiria, cuando Sargón II fue asesinado en 705 a.C. durante una campaña militar. Ezequías

² Cogan, “Sennacherib’s Siege of Jerusalem”, p. 303.

El libro de Isaías

conspiró con algunas naciones de su región para rebelarse contra Asiria, lo que implicó retener el tributo. Las naciones de la parte oriental del Imperio Asirio también se rebelaron en ese entonces. Pero los rebeldes habían subestimado al hijo de Sargón, Senaquerib, quien rápidamente consolidó su poder y sofocó las revueltas en el este mediante sus dos primeras campañas militares. Luego se dirigió hacia el oeste y lanzó el poder brutal del ejército asirio contra Ezequías y sus aliados.

Allí, Senaquerib tomó las ciudades fortificadas de Ezequías con la “intención de combatir a Jerusalén” (2 Crónicas 32:2). El intento de Ezequías de salvarse a sí mismo y a Jerusalén, disculpándose con Senaquerib por su rebelión y pagando al rey asirio, no tuvo éxito (2 Reyes 18:14-17). Entonces, Ezequías preparó a Jerusalén para un asedio inevitable (2 Crónicas 32:3-6) y alentó a su pueblo, diciéndole: “Esforzaos y animaos; no temáis, ni tengáis miedo del rey de Asiria, ni de toda la multitud que con él viene; porque más hay con nosotros que con él. Con él está el brazo de carne, mas con nosotros está Jehová nuestro Dios para ayudarnos y pelear nuestras batallas” (vers. 7,8).

Ezequías sabía que, desde la perspectiva humana, él y Jerusalén estaban condenados. Durante ese período, los asirios no perdían ninguna batalla, y cuando sitiaban una ciudad la conquistaban. Mataban a cualquiera que se rebelara contra ellos, especialmente a los cabecillas de las revueltas, como lo era Ezequías.

Si los asirios lograban tomar Jerusalén y deportar y dispersar a sus habitantes, como lo habían hecho con el pueblo de Samaria, que era la capital de Israel, al norte, (2 Reyes 18:11), el pueblo judío dejaría de ser una nación y sufriría el destino de los israelitas, que habían perdido su identidad y fueron absorbidos por las poblaciones de las naciones a las que fueron trasladados. Si eso sucedía, el Señor ya no

tendría un pueblo remanente en la faz de toda la Tierra para representarlo. ¡Había mucho en juego en el gran conflicto entre Dios y Satanás! Si bien los babilonios luego deportaron a muchos habitantes de Judá a Babilonia (2 Reyes 25:11; 2 Crónicas 36:20), generalmente les permitieron permanecer juntos y mantener su identidad, a diferencia de los asirios.

Pero ¿por qué los asirios deberían tomarse la molestia de tomar Jerusalén mediante una guerra de asedio, si podían intimidar a Ezequías y a su pueblo para que simplemente se rindieran? Así, Senaquerib envió a su *rabsaces* (literalmente, “copero principal”; comparar con Nehemías 1:11), un funcionario de alto rango, a Jerusalén, para persuadir a Ezequías y a los habitantes de Jerusalén para que se rindieran. Irónicamente, el *rabsaces* llegó al mismo lugar fuera del muro de Jerusalén donde Isaías se había encontrado con Acáz años antes, cuando lo instó a no vincularse con Asiria: el “acueducto del estanque de arriba, en el camino de la heredad del Lavador” (Isaías 36:2; comparar con Isaías 7:3). Allí entregó su mensaje a tres de los principales funcionarios de Ezequías (Isaías 36:3), pero habló lo suficientemente fuerte como para que los habitantes de Jerusalén que lo oían sentados en la pared pudieran escucharlo (vers. 11, 12).

El discurso del *rabsaces* fue brillante (vers. 4-20). Sabía que la resistencia de Ezequías a la rendición se basaba en su creencia de que Jerusalén posiblemente sobreviviría a un asedio asirio. En nombre de Senaquerib, trató de socavar esa confianza y poner al pueblo de Jerusalén en contra de Ezequías, comenzando con una pregunta retórica general a Ezequías: “¿Qué confianza es esta en que te apoyas?” (vers. 4). Los dioses de otras naciones no los habían salvado de Asiria; entonces, ¿por qué los habitantes de Judá deberían creerle a Ezequías cuando dice que el Señor los libraré (vers. 18-20)? Así, el *rabsaces* y su líder Senaquerib desafiaron directamente al Dios viviente y se burlaron de su habilidad

para liberar a la presa judía del depredador asirio (Isaías 37:4, 17; comparar con Éxodo 5:2).

El discurso del *rabsaces* fue devastador para Ezequías y sus funcionarios (Isaías 36:22-37:1). Esta prueba de fe fue aún más dura que la que Acaz había afrontado (comparar con 7:9b). No obstante, en lugar de ceder ante la desesperación, Ezequías hizo lo que toda persona de fe hace durante un momento de crisis: no intentó solucionar la situación por sí mismo, como lo había hecho Acaz, sino que se volvió a Dios. El rey “vino a la casa de Jehová” (37:1) y se puso en contacto con el profeta Isaías (vers. 2-4).

La respuesta que Isaías traía de parte del Señor era breve y al punto: el rey asirio “oírá un rumor, y volverá a su tierra; y haré que en su tierra perezca a espada” (vers. 7). Efectivamente, el plan de Senaquerib para tomar Jerusalén fue interrumpido cuando escuchó que Tirhaca, el rey de Etiopía, venía a pelear contra él (vers. 9). Pero, antes de retirar su ejército, envió un mensaje amenazante al rey Ezequías, indicando que regresaría (vers. 10-13).

¡Esa era una mala noticia! Nuevamente, Ezequías se lo presentó a Dios; de hecho, fue al Templo y extendió la carta ante el Señor (vers. 14). Él oró, dirigiéndose a Dios como “Jehová de los ejércitos. Dios de Israel, que moras entre los querubines, sólo tú eres Dios de todos los reinos de la tierra; tú hiciste los cielos y la tierra” (vers. 16). Ezequías reconoció que los asirios habían destruido a otras naciones con sus ídolos (vers. 18,19), pero rogó a Dios: “Ahora pues, Jehová Dios nuestro, líbranos de su mano, para que todos los reinos de la tierra conozcan que sólo tú eres Jehová” (vers. 20).

Ezequías entendió una verdad profunda. No se trataba solo de salvar a su pueblo y a sí mismo de un sombrío destino terrenal con consecuencias temporales; más que eso, el aspecto más importante era la reputación de Dios en el mundo (comparar con Éxodo 32:12; Números 14:13-16; Ezequiel

36:22-36; 37:28), con la que atrae a la gente hacia sí mismo para su bienestar y salvación eterna. El Señor prometió que Judá y Jerusalén sobrevivirían y prosperarían nuevamente, y que el rey asirio no lograría entrar a Jerusalén, ni siquiera asediarla. Simplemente volvería por donde vino, porque Dios defendería la ciudad por su propio bien y el de su siervo David (Isaías 37:30-35).

La Biblia y la historia antigua, incluida la arqueología, coinciden en que Senaquerib no conquistó Jerusalén y que la ciudad, con el resto de Judá, se recuperó de la invasión. Incluso los anales de Senaquerib no afirman que tomó Jerusalén ni que capturó a Ezequías. Las imágenes en las paredes de su palacio solo celebran su triunfo sobre la cercana Laquis, que era un trofeo mucho más pequeño.

Estos acontecimientos son muy extraños. Durante este período, en el apogeo del Imperio Neoasirio, la máquina militar de la superpotencia Asiria lograba lo que se proponía hacer. Los eruditos que no creen en intervenciones divinas milagrosas están desconcertados, porque no pueden explicar qué sucedió para evitar lo que de otro modo sería inevitable.

La Biblia brinda la explicación inmediatamente después del discurso de Isaías: “Y salió el ángel de Jehová y mató a ciento ochenta y cinco mil en el campamento de los asirios; y cuando se levantaron por la mañana, he aquí que todo era cuerpos de muertos” (Isaías 37:36; ver también 2 Reyes 19:35; 2 Crónicas 32:21). Senaquerib no pudo hacer nada más que regresar a su hogar en Nínive donde, según la Biblia, luego fue asesinado por dos de sus hijos mientras estaba adorando en el templo de su dios (Isaías 37:37, 38; 2 Reyes 19:37; 2 Crónicas 32:21). Irónicamente, mientras que Ezequías recibía ayuda del Señor en su Templo (mencionado anteriormente), Senaquerib encontró su fin en la casa de su dios falso.

OPORTUNIDAD PERDIDA

Como si Ezequías no tuviese suficiente estrés, ya que Senaquerib estaba en las afueras a punto de tomar Jerusalén, el rey enfermó gravemente e Isaías le confirmó que moriría (Isaías 38:1, 21; 2 Reyes 20:1). Pero Ezequías no quería morir; su muerte privaría a Judá de su liderazgo y dejaría en situación vulnerable a su nación durante la transición del poder. Entonces, oró y lloró (Isaías 38:2, 3; 2 Reyes 20:2,3).

Dios respondió por medio de Isaías, prometiendo sanar al rey, para que al tercer día pudiera subir al Templo (2 Reyes 20:4, 5) para adorar y alabar al Señor. Además, el Señor le daría a Ezequías quince años adicionales de vida y los libraría a él y a Jerusalén del rey asirio (Isaías 38:4-6; 2 Reyes 20:6). Como remedio, Isaías ordenó que se aplicara una cataplasma de higos sobre la llaga, que era uno de los síntomas de la enfermedad de Ezequías (Isaías 38:21). Ya sea que la cataplasma haya tenido o no algún valor medicinal, su prescripción por parte del Médico divino y su efectividad fueron intervenciones de Dios.

Ezequías creyó en la promesa de Dios, pero pidió confirmación a través de una señal (Isaías 38:22; 2 Reyes 20:8; comparar con Jueces 6:36-40). Según 2 Reyes 20, que brinda más detalles que Isaías 38, Isaías le dio al rey una opción: ¿Debería la sombra de un reloj de Sol avanzar o retroceder diez grados? Ezequías eligió lo último, y Dios respondió a la solicitud de Isaías (vers. 9-11; comparar con 38:7, 8). Irónicamente, esta señal se mostró en el reloj de Sol de Acáz (2 Reyes 20:11; Isaías 38:8), el rey incrédulo que había rechazado una señal del Señor (Isaías 7:11, 12).

Ahora bien, intentemos poner esto en perspectiva. Para cambiar la hora de tu reloj, puedes hacer girar una pequeña manecilla o presionar uno o dos botones. Pero ¿cómo se

cambia la hora en un reloj de Sol? Eso requiere un reajuste de nuestro sistema solar, que solo Dios puede hacer. Él había detenido el movimiento de la Tierra en relación con el Sol y la Luna con el fin de que Josué pudiera terminar una batalla (Josué 10:12-14), y ahora detenía el movimiento de la Tierra en relación con el Sol para dar a un hombre la confirmación de que sería sanado, seguiría viviendo y sería liberado de sus enemigos. El Señor había ofrecido dar a Acáz una señal de liberación, “ya sea de abajo en lo profundo, o de arriba en lo alto” (Isaías 7:11), y ahora le daba a Ezequías, el hijo de Acáz, una señal que era “de arriba en lo alto”. ¡Así de importante es la fe humana para Dios!

Tú puedes cambiar la hora de tu reloj sin que nadie se dé cuenta, porque eso no afecta a nadie más, pero la alteración de la posición relativa del Sol y la Tierra afecta a todo el mundo. La señal de Ezequías no pudo pasar desapercibida para los babilonios, quienes seguían meticulosamente los movimientos de los cuerpos celestes para discernir presagios que creían que indicarían eventos futuros. Llevaban registros cuidadosos y confeccionaban mapas detallados de estrellas en tabletas de arcilla, cuya precisión han verificado los astrónomos modernos. ¡Imagina la sorpresa de los babilonios al comprobar que el Sol había retrocedido diez grados! ¿Qué tipo de presagio era ese?

El “presagio” era tan formidable que los babilonios se vieron obligados a buscar su causa y su significado. Parece que lograron rastrear el fenómeno hasta dar con la recuperación de Ezequías. Por lo tanto, “en aquel tiempo Merodac Baladán hijo de Baladán, rey de Babilonia, le envió cartas y un regalo a Ezequías, porque supo que había estado enfermo y que se había recuperado” (Isaías 39:1, NVI; ver también 2 Reyes 20:12).

¿Por qué un rey mesopotámico enviaría mensajeros a cientos de kilómetros de distancia, hasta la lejana Judá, solo

para felicitar a su rey por la recuperación de su enfermedad? Obviamente, había algo más que eso, y guarda correlación con lo que sabemos sobre Merodac Baladán, un caldeo cuyo nombre babilónico era Marduk-apla-iddina. Al igual que Ezequías, se estaba rebelando contra Asiria. Sin duda, el rey de Babilonia estaba contactando a Ezequías porque lo consideraba un aliado potencialmente valioso. Si Ezequías tenía el poder de una deidad que podía curarlo e incluso alterar la posición del Sol, ¿qué no podría hacerle a Asiria?

Ezequías se sintió halagado por la llegada de los enviados de Babilonia y el mensaje de su rey, y para demostrar cuán grande era, de manera personal, les hizo un gentil recorrido para mostrarles toda su riqueza (Isaías 39:2; 2 Reyes 20:13). El rey de Judá olvidó concentrarse en impresionar a los babilonios con la grandeza de su Dios, quien lo había sanado y le había dado una señal asombrosa.

Desgraciadamente, Ezequías no fue el último en perder la oportunidad de glorificar y alabar a Dios, a quien le debemos todo. Si vamos a alardear, debemos presumir de Dios: “Solo en el Señor me jactaré” (Salmo 34:2; ver también 1 Corintios 1:31; 2 Corintios 10:17). Alabarlo al compartir nuestro testimonio de las grandes cosas que ha hecho por nosotros es la forma más efectiva de comunicación evangelizadora (comparar con Marcos 5:19,20). :

Como se puede comprobar más adelante, el error de Ezequías tendría consecuencias de largo alcance. Los babilonios recordaron que había riquezas en Judá, y luego regresaron con un ejército para apropiarse de ellas. A través de Isaías, el Señor le informó a Ezequías que todas sus posesiones y algunos de sus hijos serían llevados a Babilonia (Isaías 39:5-7; 2 Reyes 20:16-18). Por ende, incluso con tanto tiempo de anticipación, el cautiverio babilónico era inevitable; aunque podría haberse limitado a la deportación de unos pocos. Esta referencia a la deportación babilónica explica

por qué los capítulos 38 y 39 se colocan en este lugar en el libro de Isaías, en lugar de antes de los capítulos 36 y 37, que relatan los eventos que ocurrieron un poco más tarde. Los capítulos 38 y 39 sirven como una transición hacia los capítulos 40 y subsiguientes, que tratan del futuro exilio babilónico.

Las narraciones de Isaías 36 al 39 se refieren a varias cosas de las que una persona puede tomar valentía: la fuerza armamentística, los muros protectores, las posesiones materiales, las alianzas con otras personas y la fe en el Dios vivo. A ti, ¿qué te da coraje y valor?